

---

---

ARTURO ALAPE

# Años de formación de Manuel Marulanda Vélez

Extractado por Mario Arrubla del libro de Arturo Alape  
'Las vidas... de Tirofijo'

## I

### **Viaje a Marquetalia – Alape se come la foto de Fidel Castro – Tirofijo habla del aislamiento de los guerrilleros y de la incomunicación entre ciudad y campo – Los mariachistas atacan**

**A** finales de los cincuenta, en reunión del Comité Central de la Juventud Comunista se acordó que cuadros de la organización visitaran diversas zonas campesinas donde se habían desarrollado grupos de resistencia armada durante la década, con el objeto de conocer de cerca la experiencia de la guerrilla. A Omar Bernal y a mí [A.A.] nos tocó por suerte viajar a Marquetalia, nombre que llegaría a adquirir resonancias míticas con el transcurso de los años. Otros compañeros fueron enviados al Pato, a Guayabero, Riochiquito, Sumapaz. En los sesenta, ir a Marquetalia colmaba los sueños más ambiciosos de los jóvenes revolucionarios. La situación de la zona era empero muy difícil, no hacía mucho habían asesinado a *Charro Negro*, el compañero de armas y mejor amigo de Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez, *Tirofijo*.

Marquetalia, que en nuestra imaginación –y la del país– era un fortín de centenares de hombres armados, reptando o parapetados en trincheras circulares, resultó siendo, para nuestra sorpresa, una pequeña explanada de potreros, rodeada de cerros, con dos casas donde vivían Isauro Yosa y Manuel

Marulanda con sus respectivas familias, y una tercera donde había vivido Jacobo Prías Alape, *Charro Negro*. En esta última casa nos alojamos Omar y yo mientras esperábamos a Manuel Marulanda Vélez. Manuel estaba más arriba en la montaña, haciendo prácticas de tiro. Tal vez en la tarde o al otro día, nos dijeron, estaría de regreso.

“Él es el camarada Manuel”, dijo una compañera al girar el cuerpo, cuando nos servía dos tazas de café. Vimos un hombre en la puerta, escudriñando desconfiado hacia adentro. Sin darnos tiempo para el asombro, se quitó el chacó de la cabeza, saludó de mano y clavó sus ojos en nosotros. Portaba una carabina M-1, la puso entre sus rodillas sin soltarla, y en un tono de paisa preguntó:

—Vea hombre, ¿cómo sabe Fidel con panela? —Manuel, que ya estaba enterado de la anécdota, comenzó a reír como si le hubiera dado un ataque de tos. Después de prender un cigarrillo, y siempre riendo, nos pidió que le contáramos la aventura en detalle. Al aproximarnos a la zona, un teniente del ejército nos había detenido con voz de mando: —Ustedes, ¿para dónde van? —Dijimos que veníamos de Bogotá con deseos de comprar una finca. —¿Ustedes son ilusos o se están haciendo los ingenuos? ¡Sus papeles! ¡Todo lo que tengan en los bolsillos! ¡Detengan las bestias! —Tres soldados detuvieron las bestias por las bridas. Cuando el teniente, después de examinar nuestros documentos de identidad, leía una carta no del todo inocente entregada por Omar, recordé que en uno de los bolsillos de atrás del pantalón yo llevaba una fotografía de Fidel Castro; en medio de la angustia, recordé también que en otro bolsillo llevaba un pedazo de panela. Entonces, como pude, y mientras el teniente releía la carta, mordí la panela y me metí el retrato en la boca. Mastiqué afanado y engullí el retrato de Fidel en una de sus poses características en la Sierra Maestra. Marulanda se entregó de nuevo a la risa, tapándose la boca con la toalla que le colgaba del hombro. Despidiéndose de momento, nos advirtió:

—Hay que estar alertas, que de pronto se nos meten los *mariachistas*. Mañana les explicaremos las medidas de seguridad que deben tener en cuenta en caso de un ataque sorpresivo.

En la noche volvimos a hablar con Marulanda. Palpitábamos de la emoción. El nombre de Marulanda o *Tirofijo* era para nosotros, muchachos de la ciudad, como el anuncio de un deshielo hacia otra realidad.

—Ya son muchos los años que llevamos gateando en esta lucha. Muchas las carreras a los berriondazos. No hablo de las dificultades. El hombre está hecho para las dificultades. Yo creo que hemos tenido un enemigo, el peor de todos los enemigos. ¿Saben cuál ha sido? No hablo del ejército, no hablo de los *pájaros*, ni hablo de los *liberales limpios*. Hablo del aisla-

miento de esta lucha, que es peor que aguantar hambre por una semana seguida. Entre ustedes, los de la ciudad, y nosotros los que hemos estado enmontados, hay de por medio una gran montaña. Las voces de ustedes y las de nosotros no se hablan entre sí. No es una distancia de tierras y de ríos, de obstáculos naturales, no, es una montaña de aislamiento atravesada. De nosotros es poco lo que se sabe entre ustedes, de ustedes poca la historia que conocemos por aquí...

Marulanda se quedó un rato pensativo, como encarnando la imagen del aislamiento. Carraspeó y nos miró intensamente:

—¿Ustedes alguna vez han estado metidos dentro de un cacho? Nosotros sí, por muchos años, estuvimos metidos dentro de un cacho. Cuando iniciamos la lucha, nunca nos llegó la voz de los dirigentes liberales, ni el más simple respiro de un golpecito en las espaldas. En el Sur del Tolima no hicimos más que pelear con los liberales *limpios*; salimos de El Davis a las huyendas y durante casi dos años, con el *Charro*, estuvimos vagando solitarios por la montaña, sin el menor contacto con el partido liberal. Esos fueron los años en que estuvimos metidos dentro de un cacho, y encima teníamos otro bien engargolado. No había espacio para sacar la cabeza. La hondura del cacho es una cueva oscura, donde sólo se escucha el burbujear de las aguas subterráneas. Un cielo con venda para los hombres.

Yo me imaginé un gigantesco cacho curvo, lleno de hombres ansiosos de salir por un instante de su encierro. Marulanda pareció adivinar mis pensamientos.

—Uno se siente asfixiado dentro de ese cacho. Lo grave es la montaña que existe entre la ciudad y nosotros, los del campo, y peor, entre la ciudad y los enmontados. Después de diez años volvimos a comprobar la existencia de la luz eléctrica. La vimos de nuevo enjaulada en un bombillo, cuando salimos a los pueblos como hombres legales, en la pacificación de Lleras Camargo. Fue como volver a visualizar el día.

Marulanda se paró para marcharse. Al despedirse nos preguntó:

—En caso de que se nos metan los *mariachistas*, ¿ustedes saben manejar un arma?

Un gesto negativo de Omar y yo.

—Pues tendremos que enseñarles un poco sobre cómo se defiende la vida en esos casos —dijo en tono burlón. En la tarde del día siguiente aprendimos a manejar un fusil.

Era la madrugada del 25 de diciembre de 1960, tres días después terminaría nuestra visita a la zona. La noche anterior habíamos estado en una hermosa fiesta. Yo dormía con Omar en una habitación del segundo piso de la casa. De pronto, escuché la voz de Omar: “Qué pasa, tigre?” El

techo se cimbroneaba. “No sé”, contesté. Un segundo después entendimos lo que estaba ocurriendo. Omar dijo: “Se nos metieron, nos asaltaron...”. Un tiroteo cerrado atronaba en los oídos, una tempestad de granizo de plomo. No había alcanzado a ponerme los zapatos cuando Omar abrió la ventana y no supe cómo se lanzó por ella. Yo abrí la puerta y me lancé como pude por las gradas, y la verdad es que no llegué caminando sino dando vueltas a la trinchera que rodeaba la casa. En el piso de esa trinchera-miadero quedé zambullido escondiendo la vida. Una voz, cerca, me confirmó la situación. Era *El Patas*: “Agáchese, camarada, que se nos metieron los *mariachistas*. Quédese quieto, y no dé papaya”. Los madrazos calentaban la frialdad del alba. “*Mariachistas* hijueputas, vengan que los esperamos”. “Hijueputas comunistas, ya vamos”. Las balas silbaban. Comencé a sentir —después me lo explicaron— la fiebre blanca. Tiritando hasta el alma, mi cuerpo traqueteaba como si la piel tuviera dientes; corrientes heladas subían de los pies a la cabeza haciéndose nudos en las rodillas. Entre los madrazos y los tiros que aumentaban en intensidad, el amanecer permanecía impávido, sin correr en sus minutos. *El Patas* preguntó afanado: “¿Y el otro camarada?” Castañeteando los dientes le dije que se había arrojado por la ventana y tal vez andaría perdido en el monte. Vislumbro el comienzo del amanecer. *El Patas* habla sin dar el rostro: “Acaban de comunicarme que se está organizando una comisión para sacar a los *mariachistas* de la zona”. Guardo silencio, siempre tendido en la trinchera-miadero. Y de pronto oigo una gran carcajada como si la tierra vomitara la risa de miles de hombres, retenida en sus entrañas por milenios. *El Patas*, sumiéndose el estómago, y tres compañeros más con las armas entrepiernadas, emergieron riendo a la luz del día que se hacía. Y apareció Manuel Marulanda, carcajeándose y estornudando. Lloroso por la risa, dijo arrastrando las palabras:

—Camaradas, antes de que se fueran para la ciudad, queríamos mostrarles cómo es un asalto nocturno. Un curso político sobre un asalto.

## II

**Recuerdos de la Guerra de los Mil Días: los macheteros, el caldo peligroso, el Novenario – Años de infancia – Pedro Antonio Marín se independiza; hábil negociante, monta un almacén en La Primavera**

“**M**ire, yo nací no sé propiamente la fecha, el mes sí lo sé, mayo de 1930”. Su padre, Pedro Pablo Marín Quiceno, dice que su hijo Pedro Antonio Marín nació el 12 de mayo de 1928 en Génova, Quindío. Pedro Antonio Marín insiste: “Yo soy del año 30, o sea cuando el mandato de Olaya Herrera”. A él y a sus hermanos les impresionaban mucho las historias contadas por sus padres y tíos sobre brujas y espantos, sobre patasolas, candilejas y duendes que llenaban la noche de suspenso y los mantenían despiertos en una habitación de paredes de barro embutido en guaduas y de techo de zinc. [En su libro *Las vidas de Pedro Antonio Marín...*, Alape transcribe varias historias de espantos contadas por *Tirofijo*]. De niño, cuenta con rubor, fue un experto en manipular su cometa de manera que no cabeceara ni coleara, así como en dormir en la mano su trompo sedita y lanzar con precisión la bola de cristal metiéndola en el hoyo. La nostalgia se nota en su voz al evocar las fiestas y reuniones entre el 24 de diciembre y el 6 de enero. En esas reuniones de familiares y amigos se hablaba a menudo de la Guerra de los Mil Días, una guerra de hombres y para hombres, en que la brutalidad humana no tuvo límites. Se contaba cómo las treguas, acordadas de común acuerdo para recoger los muertos, se convertían en una rapiña por los despojos. Los buscadores de bolsillos, dientes de oro y prendas de valor, desnudaban los cuerpos inertes, dándoles vuelta sobre la tierra para robarles hasta el sudor. El abuelo paterno, antioqueño, simpático y amable, de metro ochenta y pico, blanco y musculado, llamado Ángel Marín, hablaba con autoridad sobre esa guerra. Marulanda recuerda: “La cosa no era con uno de muchacho. La cosa era entre personas adultas de gran respetabilidad. Si uno osaba preguntar, se ganaba una paliza, pero uno los oía contar esas historias de guerra. El abuelo fue corneta en las filas liberales. Yo lo imaginaba sacando fuertes aires de los pulmones, anunciando el comienzo de la contienda. La voz del abuelo decía que al llegar la soldadesca liberal a una hacienda, donde había veinte o treinta camas con tendidos

de cuero, se despejaban las camas y los cueros eran pasados al ecónomo que los repartía en partes iguales a los soldados para que hicieran caldo 'peligroso'. Eso le oí decir yo. Caldo 'peligroso' para la tropa. Genuina sustancia de cuero seco para espantar el hambre". El abuelo, con tragos, o en las visitas familiares, contaba muy a gusto sobre las tácticas usadas en la guerra. "El abuelo refería y uno escuchaba. Las tácticas de penetración en la noche, deslizándose para sorprender al enemigo; las instrucciones para el asalto: no ponerse la camisa, quitarse el chacó, cortarse las mangas de la camisa, caerle al cuartel enemigo en la noche más oscura creando la confusión en los durmientes". Acordaban previamente las señales: dónde ubicarse en el combate, cómo localizarse en casos extremos, las consignas para que la retirada fuera en orden, evitando el desastre fatal de una desbandada. "Detalles que el abuelo refería y uno escuchaba de la Guerra de los Mil Días". Los macheteros, con sus ojos acostumbrados a la noche, eran feroces, cortaban un pelo al aire; los liberales tenían sus tropas de macheteros bien adiestrados, los conservadores también. Uno de los más escalofriantes relatos del abuelo versaba sobre el Novenario, que era el castigo propinado a los desertores tanto en las filas del liberalismo como en los ejércitos conservadores. Un castigo de guerra. El abuelo se secaba el sudor de las manos sobándolas con insistencia en los pantalones, con preocupación en el semblante. El Novenario consistía en darle al desertor en la espalda novecientos palos, cada día cien a la misma hora; el palo que se utilizaba tenía que ser de rosal, con espinas. El desertor, sin camisa y amarrado a un tronco, recibía la cuota diaria de cien palos; su espalda era al principio un amplio moretón, luego un entrecruce de trochas sanguinolentas, mientras el color del palo de rosal se penetraba de cuerpo de hombre. Entre tanda y tanda, alguien compadecido le rociaba agua, y el hombre acostado de lado intentaba infructuosamente dormir. Como el castigo se hacía en público, las voces de los impávidos concurrentes iban contando sin ningún afán el ritmo de la golpiza. "El castigo se veía como algo muy natural, una cosa que debía hacerse. Al cuarto o quinto día la espalda era como esperma derretida, luego aparecía la carne viva en pálpitos, en saltos nerviosos. Al final del Novenario el hombre caía muerto, o quedaba vivo bañado en su sangre, balbuceando agradecimientos porque no lo habían fusilado. El abuelo se nerviosaba al recordar el Novenario: 'Cosas de la guerra', terminaba mi abuelo Ángel. Él mismo había sido desertor de las filas del ejército conservador".

Doce fueron los tíos de Pedro Antonio Marín. Dos de ellos ejercieron sobre él influencia. El tío Ángel Marín, blanco, alto y muy delgado, de ánimo alegre y festivo, "era un político de talla digamos veredal, muy

convencido de sus verdades; hablaba hasta saciarse de sus ideas liberales, en acaloradas discusiones con los campesinos; los inducía a apoyar al liberalismo en las campañas para concejos, asambleas y parlamento, y les describía la personalidad y cualidades de los candidatos de su partido a la presidencia de la república en el año 46; furibundo gaitanista, mi tío Ángel era de sangre hirviente en su habla al defender a su líder”.

El otro tío que influyó en Pedro Antonio y sus hermanos fue Jesús Marín, “más grueso de cuerpo y menos alto que el tío Ángel, pero reconcentrado en su pensar y silencioso en su voz”. Les enseñó esgrima, entrenándolos con un palo, luego con la peinilla. Les habló del arte de la defensa personal: que había que controlar el miedo como se controla la respiración, concentrarse frente al enemigo midiéndolo de cuerpo entero, propinar el golpe definitivo tensionando las piernas como árbol enraizado. “A ese par de tíos los teníamos muy en cuenta. A uno por la cuestión política, al otro por la esgrima...”.

Sus padres, Rosa Delia Marín Gallego y Pedro Pablo Marín Quiceno, estaban de pie desde tempranas horas de la madrugada, laborando con fervor la tierra. “Era una finca de un poco más de veinte hectáreas, cultivadas en café, yuca, plátanos. Clima cafetero, donde la siembra se hacía para que durara diez, quince o treinta años. Tierra de plátanos. La yuca también muy buena, lo mismo el fríjol, el café, la caña. Tierras buenas... Mi padre era el más pobre de la familia”. Los tíos en cambio poseían fincas de cien, ciento cincuenta, doscientas hectáreas; fincas cafeteras, cultivadas en pasto, caña. “Mi padre no era un hombre de negocios, no le gustaba deberle a nadie cinco centavos. Al acabársele los recursos de cosecha a cosecha prefería arañar el tiempo con lo que pudiera, pero no iba al pueblo a buscar crédito de ninguna especie. Los tíos al contrario querían quedar debiendo hasta el saludo. Al iniciar cualquier negocio, lo primero que indagaban era: ¿Cuánto es el plazo que me va a dar? Negociantes...” La finca del padre estaba situada en la vereda del Rosario, cerca de Ceilán, Valle; con el trabajo familiar daba apenas para el sostenimiento de la familia.

Pedro Antonio Marín, que era el hijo mayor, sólo alcanzó a conocer a los cuatro hermanos que lo seguían, pues apenas empezando la pubertad dejó la casa de sus padres; ya a esa edad quería ser un hombre independiente. Eso era propio de la comarca, una región que a comienzos de siglo acababa de ser descubierta, donde la vida se movía a un ritmo febril al impulso de la ambición de los colonos. Génova fue fundada en las vegas del río San Juan. En la descripción de Marulanda, “parecía la larga cola de un gurre”, a lo largo del río y cortada por él, sin modo de ensanchar-

se. Loma a lado y lado. En las últimas décadas había tomado vuelo el cultivo de café, y Génova terminó siendo una zona predominantemente cafetera. En los tiempos de cosecha se utilizaba mucha mano de obra, lo que contribuyó a que el caserío pronto se hiciera pueblo, un típico pueblo de zona de colonización antioqueña con rostro definido y bien planeadas calles, su iglesia y su parque y la organización de instituciones de cultura: colegios, teatros, hospital, caja agraria. “No era un pueblo bonito, pero sí, digamos, cómodo. Además con recuerdos hondos, pues ahí vino uno al mundo...”.

En un punto conocido como el Alto Rosario, Pedro Antonio hizo dos años de primaria; cursó tercero, cuarto y quinto en Ceilán, en un colegio “con profesores que me enseñaron mucho”. Era un excelente estudiante y le tocaba ayudar a los profesores. “Al terminar lo mío le enseñaba a los muchachos de segundo, después a los de tercero, a los de cuarto y luego a los de quinto. Tenía que quedarme a la espera para que los otros niños me alcanzaran... Eran tiempos en que, cuando uno terminaba la primaria, tenía los conocimientos digamos de un bachiller de hoy”.

A temprana edad, como se dijo, sintió el deseo de independizarse y formar su propio patrimonio. “Recuerdo que yo tenía dominio total de la casa. Conseguía los trabajadores para la recolección del café, para la siembra del maíz, la recolección del maíz, la siembra del fríjol, la recolección del cultivo de la yuca. Todo controlado prácticamente por mi cuenta, bajo mis pensamientos. Ese es el dominio. Es cuando me surge la idea de irme, de abrirme paso. Para no tener problemas en el futuro con los hermanos, entonces mejor me voy, pensé. Lo dije a mis padres. Yo creo que tenía que estar entre doce y medio y trece años. Dejé atrás los recuerdos vividos. Les volví la espalda sin remordimientos...”.

Quería conseguir algún capital que le permitiera tener su casa, su finca, sus animales. Se fue por los lados de La Tulia, Moralia, Betania, en el Valle, sobre la Cordillera Occidental, e hizo los primeros tanteos, cerca del Águila. Fue expendedor de carne, trabajó como panadero, como vendedor de dulces. Más adelante hizo de todo: que un contrato para construir varios kilómetros de camino o para cortes de madera, que la construcción de un puente, que el montaje de un galpón para alimentar arrieros y aserradores. “Yo entonces tenía buena energía y buenos argumentos para hablar con quien hablara y para convencerlo, y la gente me escuchaba y creía en mí”. A los 16 años firmó su primer contrato cerca de La Moralia para un corte de 30.000 piezas de madera. Poco a poco se fue convirtiendo en un avezado contratista. “Con tal que me ganara veinte o treinta centavos en cada pieza de madera, yo le soltaba el negocio a otro, le hacía firmar

al hombre un documento, le exigía el compromiso de cumplimiento y yo mismo controlaba el proceso de trabajo”. Contratista, comisionista, lo que saliera. En el lugar a que llegaba, incluso en la misma Betania, Pedro Antonio Marín averiguaba quiénes deseaban construirse una casa, y se presentaba ofreciendo sus servicios. Oía cómo la querían, y él buscaba a un maestro de obra: ¿Cuánto vale ese contrato, paisano? Y volvía donde los clientes a cuadrar el arreglo. Andariego, rebuscador, pero sobre todo enamorado de la moneda y dispuesto a capturarla.

Pronto resuelve montar un almacén en La Primavera, con un gran surtido de mercancías, productos de mercado: maíz, frijol, alverja, todo en granos lo mismo que en herramientas, un almacén donde se podía encontrar de todo. Continuó haciendo negocios en el campo, movimientos de madera con la mulada, contratos de aserrío, pero sus esfuerzos se centraron cada vez más en el almacén. Alcanzó a tener un capital de 40.000 pesos, considerable para la época, y movía otro tanto en créditos.

Así como prosperaba en los negocios, continuaba avanzando en el arte de la esgrima en que lo iniciara su tío José de Jesús. Asistía con puntualidad a la escuela de esgrima fundada por el Tuerto Felipe en Ceilán. El Tuerto hacía cada seis meses demostraciones con sus alumnos en el parque o en el teatro del pueblo, que le servían para cosechar aplausos y conseguir más alumnos. Entre los muchachos se había despertado una gran fiebre por el manejo de la peinilla. Para Pedro Antonio Marín fueron largas horas de disciplina en el proceso de aprendizaje, en el dominio de las paradas. “Un juego. Realmente un juego. Pero con algo que si de pronto ocurría una equivocación –aunque el machete no tuviera filo–, resultaba una víctima. Es la relación de brazos, cuerpo y ojos en una acción de rapidez, y la voz de mando que va saliendo del cerebro como enflechada. Se debe actuar con los ojos, porque en esgrima se ve que la otra persona movió un ojo y a conciencia uno puede decir: para ese lado va el machete, y pues a cortarle las intenciones a ese prójimo. Uno mantiene en reserva sus dotes y conocimientos de la esgrima. No para andar faroleando o atacar por impulso de la sangre a cualquier hombre por unas palabras mal trazadas por su lengua...”.

Los fines de semana, después de cerrar con candado su negocio en La Primavera, Pedro Antonio Marín tocaba el violín, “mi pasión de años que me hacía vibrar de cuerpo entero”. El baile se prendía al son de viejos porros como La Múcura y la Araña Picúa.

## III

**9 de Abril en Ceilán; los liberales se toman el poder – El negociante Pedro Antonio Marín no quiere saber nada de política – ‘Pájaros’ y policías aterrorizan los pueblos – “Yo dije: esto se jodió”**

**N**ada se oponía a sus ambiciones. El futuro aparecía ante sus ojos como el fácil ascenso de una escalera, dados su amor por el dinero y su facilidad para los negocios. En el horizonte no apuntaban sombras. El norte del Valle era un paisaje que nada parecía poder perturbar, una imagen bucólica inmersa en lo cotidiano. Los colonos de comienzos de siglo, antiguos combatientes de la Guerra de los Mil Días, que dejaron las armas y fueron dueños y gestores de un esfuerzo descomunal de colonización tardía; los colonos procedentes del Cauca y de Antioquia que confluyeron en la zona descuajando las montañas de la Cordillera Central y sembrando cafetales en las laderas; los colonos que durante cuatro décadas lucharon con comerciantes, abogados, dueños de haciendas y compañías colonizadoras en arduos pleitos legales por el derecho a la posesión de las tierras baldías; los colonos que habían fundado pueblos y pueblos, ahora, juntos con sus familias, sólo aspiraban a vivir en paz. En la región reinaba la concordia. “Uno iba a la casa de un conservador y era como si llegara a la casa de un liberal o de un familiar, ¿no? Nadie se extrañaba, no había diferencias. Por ejemplo, las hermanas de uno se casaban con un conservador, uno no lo notaba, no se enteraba de esa situación. La diferencia vino como un alud de tierra, después...”.

Un viernes por la mañana, Pedro Antonio Marín da una vuelta por el pueblo después de haber recogido una carga de quesos en la finca de su tío Ángel Marín y de descargar la mulada en la plaza. Camina por las calles, entra a un local de billares y se pone a seguir una partida como espectador. Hay barra en torno de la mesa, murmullos de admiración por los aciertos, de desaliento por los fallos. Un Telefunken grande y viejo, colocado encima de un estante, explota con una noticia que lo deja anonadado. ¡Mataron a Gaitán! ¡Mataron a Gaitán! La una y media de la tarde. Los billaristas dejan caer los tacos sobre la mesa y corren para meterse de oídos al aparato de radio. Se descomponen los rostros, las lágrimas ruedan copiosas. Enloquecidos se movilizan, desocupan el establecimiento. Momentos después, ante la puerta de la casa del tío Ángel

Marín, suerte de líder político local, un vozarrón colectivo repite el grito: ¡Mataron a Gaitán! Hacia las tres de la tarde, “se reúnen, yo creo, hasta donde alcancé a ver, unas quinientas personas ahí alrededor de mi tío, que de inmediato salió de su casa”. Pedro Antonio Marín no conserva en el recuerdo el discurso de su tío, sólo sus gestos de fotografía muda en medio de la oleada enfurecida de la población.

Los conservadores del pueblo, indefensos, fueron perseguidos como culpables y condenados por un crimen cometido en la capital. Simulando serenidad, tratando de esconder el pavor que hacía temblar sus cuerpos, esperaban acobardados que llegaran a buscarlos. Uno a uno fueron cazados en sus almacenes, sacados a rastras de sus casas. Las masas liberales le cayeron a la alcaldía de sorpresa; las autoridades legales fueron apresadas y conducidas a la fuerza a la cárcel, a la vez que los presos eran soltados; los policías fueron desarmados; por decreto anunciado a grandes voces por un parlante fueron nombradas nuevas autoridades: un alcalde, aunque Ceilán no era un municipio; un inspector, para reemplazar al que esa misma tarde la turba había matado en su oficina. Se creó una nueva policía, que comenzó a patrullar las calles con los fusiles confiscados a los agentes destituidos. Llegó más gente de las veredas, se juntaron miles de personas, aglomeración nunca vista en Ceilán. El pueblo sublevado se puso a la espera de las orientaciones que de un momento a otro debían provenir de la Dirección Nacional Liberal. Lo más apremiante era decidir qué se hacía con los conservadores. No había duda: los conservadores eran los culpables del asesinato de Gaitán. Grupos de hombres armados de machetes, palos y escopetas de fisto, y de revólveres decomisados a los ricos del pueblo, vociferaban su sed de venganza. “Si alguien olía a conservador, fuera conocido o desconocido, venga para acá señor, requisado, sus huesos a la cárcel. Eso presencié yo en Ceilán”.

A los ocho días de espera, la incertidumbre se convirtió en desconcierto, y el desconcierto en un sentimiento de abandono. Ni una palabra de los dirigentes nacionales. Por los hilos de la telegrafía se supo de la llegada de la tropa. Los pobladores se dispersaron y trataron de mimetizarse en las veredas. Pero antes pusieron en libertad a los conservadores, en su gran mayoría ilesos; las armas fueron dejadas en la inspección de policía. No eran muchos los soldados que llegaron. “Veinte soldados, pero que era una cantidad de tropa, cosa fantástica en comparación con la policía que vivía en el pueblo, que no pasaba de cinco agentes”. Indagaron, querían descubrir a los instigadores del levantamiento. Traían anotados en una libreta los nombres de muchas personas y las detuvieron. El tío Ángel Marín no se dejó agarrar. Doscientos detenidos fueron a parar a la cárcel

de Tuluá. Año y medio después volvieron a pisar de nuevo las calles del pueblo; con la experiencia funesta de aquella tarde, algo definitivo en sus vidas los había abandonado. En esos hombres se concentra el recuerdo dolorido de Marulanda: “La frustración les tocó el alma y los puso a padecer de muerte cercana”.

“Toda la familia de nosotros era liberal y los que iban naciendo, pues también eran liberales. Era como un nudo de pura tradición. Eso ya estaba escrito, digamos, en el destino de uno y de todos, como la señal de la cruz que a la fuerza siempre se llevaba en la frente. La familia de nosotros era gaitanista”. El tío Ángel Marín se encendía en fogosidad en las reuniones con la gente de Ceilán. Lo definía “como un hombre de nosotros, el hombre que necesitamos, uno de nosotros con la misma habla, que cuando subiera a la presidencia resolvería todos los problemas del país”. Para el tío, Gaitán no iba a dejar problema sin resolver. “Uno les oía comentar, a los que sabían de esas materias, que con Gaitán se mejorarían los precios del café, del ganado; se desarrollaría en el país una política de colonización para los sin tierra y los sin trabajo, que habría muchos créditos para el derrumbe de montaña y así se pudiera levantar en el futuro una nueva vida; que los colonos serían dueños de sus fincas”. El árbol de la ilusión quedó cortado de raíz con el asesinato de Gaitán.

Pedro Antonio Marín abandonó a Ceilán, preocupado y temeroso por lo que había presenciado el 9 de abril. Vinieron días de calma, la Cordillera se sosegó un poco de los temblores sociales. Él volvió a La Primavera a ocuparse de su almacén, y se reavivó su ánimo por los negocios. Visitó varias regiones, llegó a El Dovio y quedó deslumbrado por su movimiento económico el día de mercado. Concibió proyectos para establecerse como negociante en El Dovio. “Con lo que saliera a la plaza, eso se vendía. Si uno llegaba al mercado con mercancías, vendía mercancías; si era expendedor de carne, la res de inmediato se cortaba en libras, desapareciendo hasta los huesos. Con esto quiero significar mi entusiasmo”. Mas el día en que se aprestaba a salir de El Dovio, concluido su sondeo de comerciante, vio de pronto que en la plaza se formaba una enorme trifulca. Pedro Antonio no entendía lo que pasaba. Después de algunos minutos se enteró por la gritería y los abajos a uno y otro partido que se trataba de una pelea entre liberales y conservadores. Las toldas volaron destrozadas; las papayas, anones, piñas, chirimoyas y bananos, toda suerte de frutas fueron destripadas por los pisotones, por las cabezas y espaldas de hombres caídos; los liberales se armaron con un bulto de panela y la utilizaron como piedras; se rasgó el aire con peinillas, navajas y puñales en furiosos lances, sonaron disparos, y al final las autoridades hicieron el reconocimiento de cinco muertos. Treinta

heridos que hubo se levantaron agitados y corrieron. Al día siguiente se anunció que llegaban refuerzos policiales de Roldanillo.

La semana siguiente, Pedro Antonio Marín, ocupado en su negocio de La Primavera, se enteró de que la policía había detenido a numerosas personas en El Dovio. No quiso averiguar más, no quiso saber más porque “cuando uno se dedica a los negocios, no está preguntando por cuestiones políticas, uno está entre los tuétanos del negocio”. Pero ahí no paró el asunto. Poco después se produjo la ocupación de El Dovio “por bandas conservadoras de El Águila y de Supía, Caldas; aparecieron los muertos en el camino”. Rememorando esos hechos, Marulanda hace un gesto con las manos como deteniendo el tiempo, para pensar: “Yo dije: ya esto se jodió. Se jodió la idea de montar un almacén en El Dovio. No tiene objeto invertir trabajo para luego despeñarse”.

A Cali, un pueblo grande, que quizá sobrepasaba los cien mil habitantes, en los meses de julio y agosto de 1949 llegaron desde el norte del Valle los que, huyendo, salvaron sus vidas. Se hacinaron como pudieron en el viejo local de la Casa Liberal, y relataron sus experiencias. Dijo un exiliado: “A mí me mandaron una carta con un cuchillo pintado y unas gotas de sangre, hechas con tinta roja. Me decían que si no abandonaba mi chacra, dejaría en ella mis huesos. No tuve más remedio que desocuparles”. Dijo otro: “Un día me obligaron a ayudar a cargar cuatro cadáveres de hombres que habían matado. Después me mandaron un papel en que me decían que ahí me mandaban un carro para que me largara. El carro era un dibujo hecho con tinta roja”. Otro más dijo: “Cuando los sentí cerquita me salí por la puerta y me fui para el monte. La tierra la dejé sola y no pude volver a darle ni una azadonada al maicito que ya está grande. De allí salí para acá, y gracias a Dios ya estoy entre cristianos”. En certero editorial, el *Relator* de Cali describía así la situación: “En nombre de la política se busca un oscuro chantaje, un negocio turbio y miserable: hostigar a alguien hasta que tenga que emigrar y dejarles a los aprovechados el negocio de toda una vida de luchas y de afanes. En esta clase de compraventas desesperadas entran casas, fincas, todo cuanto constituye el patrimonio del hombre de trabajo”. [Medio siglo después, el campesinado colombiano sufriría masivamente la misma experiencia].

Cali se convierte en la ciudad de los exiliados. Ellos piensan que en sus calles van a encontrar la seguridad que no tienen en el campo. Pero pronto la ciudad comienza a sentirse atrapada por el miedo. El toque de queda se establecerá muy pronto. Después de las seis de la tarde las calles serán para aves de rapiña, para pájaros cazadores de presas en las horas de la noche.

## IV

**Cae Betania; estratagema de los marranos –  
Destrucción de otros pueblos liberales – Pedro  
Antonio Marín pierde su almacén – Renegaciones  
de liberales – La quema de Ceilán – “El cuerpo no  
resiste más humillaciones”**

“**F**ue el comienzo de eso que conocí en El Dovio, que empezó a perseguirme como sombra maligna: la violencia. Llegaba a un pueblo, a otro, y ahí estaba esperándome como queriendo desterrarme”.

Los campos empiezan a ser asolados por los *pájaros*, continuación civil de la autoridad oficial. Van al campo y regresan a la ciudad motorizados, vuelan por todos lados, por esta y otra carretera, sin tener que identificarse: sombreros caídos; un pañuelo azul en el cuello sobre el escapulario; cananas cruzadas, arma al cinto y una mirada de respeto. Son católicos de hostia en la boca, manos crucificadas y rezos masticados. Avezados como están en el oficio de matar, nada les conmueve el corazón. Su religiosidad y su crueldad no se contradicen, al contrario: están adelantando una cruzada, azulando la Cordillera, godificando su verdor, chulavitizando sus cruces.

Ante la gravedad de las noticias, en La Tulia se formó una guardia de hombres pobremente armados. No querían morir amarrados a su indefensión: con machetes y escopetas se prepararon para resistir el ataque de los *pájaros*. En Betania se organizó otra fortaleza con seiscientos hombres que no querían vivir huyendo: huir era abandonarlo todo, desarraigarse de lo suyo, de la familia, el terruño, los sueños. Se formó un triángulo de vigilancia entre los pobladores de los corregimientos de La Tulia, Betania y La Primavera. Se sabía a toda la redonda, sin embargo, que si bien los liberales de la región estaban dispuestos a defenderse, carecían de preparación y de armas. “Le pegaron el primer ensayo a Betania y no pudieron entrar, la gente resistió como pudo, con los dientes. Los *pájaros* llegaron y se fueron desencantados, pero dispuestos a otros ensayos. Regresaron a El Dovio, ahora epicentro de sus operaciones. Un segundo ensayo a Betania, unos mil hombres, y no pudieron entrar. Es una cuestión histórica que yo conozco. El sufrimiento de nosotros, la desazón comiéndose las uñas del corazón...”. El tercer intento contra Betania fue el definitivo. Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez lo cuenta así: “Masacraron a

todo el mundo, porque le metieron policía, pájaros, ejército, totalmente equipados, y lo destruyeron todo a su paso, lo quemaron todo; mejor dicho, lo que uno sabe es que les dieron muerte por lo menos a trescientos liberales. Luego fue la desbandada de la resistencia, los sobrevivientes difundieron lo sucedido. Es un recuerdo que se lleva en la sangre por siempre y corre por ella...”.

Lucy Ramírez, de niña, presencié lo ocurrido en Betania. La reproducción de su relato nos exime de narrar en detalle la destrucción de otras poblaciones, por lo repetido del libreto. “Era el pueblo más grande de la región; había almacenes, grandes cafés, tenía hasta fábricas de café, esto era un gran pueblo. Allí quedaba el estanco. Salían cien mulas por semana a traer comida... Eso era antes del ataque y de la quema. Con eso se acabó el pueblo. Cuando llegaron los atacantes, la cola asomaba allá (en las afueras), como un desfile de colegio. Todos armados. Cuando llegó la cabeza aquí, donde ese vecino, entró otra gente... Entraron por ambos puntos, gente de El Dovio entró primero, con Mario Restrepo que venía por ahí con quinientos hombres. Éste atacó primero, al grito de ‘Viva Cristo Rey, ateos malnacidos’. Quemaron muchas casas. El olor llegaba hasta allá, hasta el montecito. Pura carne asada... Entre las casas hubo muchos muertos. Aquí en esta casa, camine, aquí donde estamos, hay como quince muertos, enterrados aquí, que no pudieron sacar después porque encima había muchos ladrillos y tejas de escombros. Fíjese que hubo 260 muertos... Los marranos se llevaban pedazos de carne de cristianos... A los tres o cuatro días arrastraban cuerpos, comiendo cristianos”.

Los marranos habían sido el ariete del ataque. El *Chimbilá*, un hombre sin hígados que había trabajado en los talleres de *El Colombiano* antes de convertirse en lugarteniente de León María Lozano, *El Cóndor*, ideó la estratagema: arrió a golpes de palo a sesenta marranos que tenían amarrada al lomo una tea encendida; los animales, gruñendo lastimosamente por el dolor de las quemaduras, abatieron en furiosa manada las trincheras y demás obstáculos defensivos levantados por la población. Después le tocó el turno a La Tulia. Aquí no hubo necesidad de marranos ni de ningún otro ingenio ofensivo, porque la población, por inercia o cansancio, se entregó sin ofrecer resistencia. Como recuerda Pedro Antonio Marín: “Unos centinelas hicieron cuatro o cinco disparos, más como aviso que como deseo de entablar defensa. Todo el mundo se fue yendo, todo el mundo retrocedió. Había pura indefensión, desánimo, impotencia, nada qué hacer”. Después de la masacre y la destrucción, los asaltantes pronunciaron discursos por parlantes durante tres horas, dando vivas a Laureano y a la Virgen del Carmen. Después de Betania siguieron los demás poblados

liberales de la Cordillera. Ya se hablaba de *Lamparilla*, del *Pollo*, del *Pájaro Azul*, también de un *Pájaro Verde* y un *Pájaro Negro*.

Pedro Antonio Marín estaba en La Tulia cuando se la tomaron los *pájaros*. A las cuatro de la mañana, ya clareando, salió de su escondite entre los cafetales y se fue a La Primavera, caserío del corregimiento de Bolívar donde tenía su almacén. A paso rápido cubrió las dos horas desde La Tulia hasta La Primavera. “Había que sostener la vida sobre las piernas. Yo ya veía eso como muy mal, muy oloroso a muerte. En La Primavera, yo era conocido por el negocio, entonces ahí sí decidí meterme en la cuestión de la política”. El joven Pedro Antonio Marín participó en la guardia y las avanzadas de La Primavera en condiciones de zozobra diaria. “Comencé a volverme activo, consideré que la situación había cambiado. Uno lo veía, lo sentía, no podía escapar a su influencia”. Anunciaron la toma de La Primavera. Mandaron avisos verbales, diciendo que quien quisiera ser respetado en su vida y en sus pertenencias debía firmar un documento renunciando a ser liberal y afiliándose al conservatismo; había que firmarlo en Naranjales, un pueblito arriba de Roldanillo, ante alcalde o juez y hecho en papel sellado. Tales salvaconductos tenían pues un carácter oficial: “era lógico suponer que el ejército y la policía debían perseguir a esos grupos, pero resulta que no era así”. La gente de La Primavera, muy asustada, bajó por centenares hasta Roldanillo o hasta Naranjales a firmar los documentos en que renunciaba a su tradición familiar. La renegaciones o desistimientos rezaban: “Protestamos del partido liberal porque es el partido de la anarquía, disociador moral que atenta contra el orden y las buenas costumbres y contra la Iglesia Católica. Desde hoy perteneceremos al partido conservador, único que representa el patrimonio legado por el Padre de la Patria”.

“Un día entraron cuatrocientos hombres a La Primavera, a puro fuego, haciendo sonar sus ametralladoras y su fusilería y sus carabinas. Disparamos unos tiritos con escopéticas... En últimas, nos fuimos huyendo por los potreros, por las fincas, por las sementeras. El mundo se desbandó en su miedo, la valentía ante tantos hombres era una lágrima perdida... y finalmente perdí mi almacén de La Primavera... Todos los derrotados de La Primavera nos encontramos con el susto adentro en el pueblito que le hablo, Naranjales. Nadie preguntaba de dónde viene usted, ni nadie preguntaba para dónde se dirige usted”. La gente de la Cordillera llegaba y reunía en palabras los sucesos. Los derrotados –antiguos colonos antioqueños, tolimeses, caldenses, caucanos– iban a la inspección y al juzgado a legalizarse como conservadores, y regresaban a la tierra ya volteados. “Yo desaparecí cerca de Ceilán atravesando en canoa el río Cauca. Llegué y

visité a mi familia que se encontraba morando por ahí mismo. Supe de la muerte de mi tío en La Primavera; él no quiso voltearse de conciencia y dejó la vida enterrada...”.

Estaba, pues, de nuevo en Ceilán, “como recogiendo una antigua carrera”. La población estaba en actitud de pelea, pero, se decían, ¿qué hacemos sin armas? “Si la dirección liberal nos consiguiera armas nosotros nos enfrentaríamos, pero ya ve usted que fuimos a Tuluá, que fuimos a Cali, los liberales estaban perdidos y escondidos en las ciudades, clandestinos, no dejaban pistas... Era el temor generalizado, cada uno cargando con su angustia, cada quien comiendo de su plato silencio y miedo; en la dirección del liberalismo solamente había una encargada de la oficina, medio muda, que no daba razón de nada”. Los pobladores de las veredas bajaron y se concentraron en el pueblo, dispuestos a cuidarlo. “Pero, ¿cómo se cuidaba? Vuelvo y repito, era una situación similar a la de otros pueblos de donde salimos a la berrionda y a la huyenda, los pies en polvorosa. No había armas para defenderse”.

Desaparecieron los doce policías que había en Ceilán, para sorpresa de los habitantes. Algunos decían que los agentes habían salido a una diligencia, que regresarían en la tarde o a la noche, o en la madrugada. Los más avisados pensaban: “Claro, de todas maneras los *pájaros* van a llegarnos y la policía no va a enfrentarse con ellos, porque son de la misma fuerza oficial”. “Los refugiados de La Primavera contamos cómo fue la experiencia que vivimos. Era inminente el ataque...” A las nueve de la mañana una pequeña avioneta sobrevoló el pueblo, lanzando miles de hojas volantes. Parado ante una de las bancas del parque, Ángel Marín, el tío de Pedro Antonio, fue leyendo pausado y salivando el contenido de la hoja: que los moradores de Ceilán estuvieran tranquilos, que no les iba a suceder nada, que las bandas de *pájaros* se retiraban porque sólo venían persiguiendo a los *nueveabrileños*, asesinos de conservadores; pero ellos habían comprobado que los *nueveabrileños* no estaban en la zona. Se batieron palmas y la alegría alzó el vuelo. En la tarde llovieron nuevos volantes desde el cielo. Se decía que se había llegado a un acuerdo con la dirección liberal de Cali en el sentido de que no habría ninguna agresión militar contra Ceilán, que la fuerza armada desaparecería de la zona, que incluso el ministro de gobierno intervendría directamente en el conflicto. Ahora la alegría fue total, hubo sollozos, gritos, risas.

Las hojas anunciaban el retiro de las bandas de la zona en las próximas veinticuatro horas. Salió una comisión a explorar y, en efecto, no avistó hombres, aunque sí huellas de un campamento que había sido levantado. En el pueblo esa noche se dormía apaciblemente. “Entraron por tres

partes, por la calle central, por la margen de una quebrada, que abastecía de agua a Ceilán, y entraron por otro lado, no recuerdo el nombre, en la dirección de la vía de Tuluá. *Lamparilla* riendo con su diente de oro, *Chimbilá* sediento de sangre, *Pájaro Azul* con su mueca de odio en los labios. Echaron bala desde el matadero; se juntaron en grupos grandes por las calles dando plomo, disparando a las casas”. Con cigarrillos y tabacos y mucha maestría prendían los tacos de dinamita y los lanzaban contra los techos, y la explosión conmovía la tierra como herida de muerte. “A las once de la noche se inició la toma y a las tres de la mañana terminaron de ocupar el pueblo; a las tres de la tarde del otro día cesaba el fuego en el cementerio”. Durante todo ese tiempo no cesaron de disparar “embriagados como en una fiesta de cantina”. A las siete de la mañana habían llegado los camiones para el saqueo de almacenes, casas, baúles. Los camiones hicieron muchos viajes a Tuluá, de ida y vuelta. Acabado el saqueo, los asaltantes, en grupos de dos y tres hombres, “regaron gasolina por las calles del pueblo, en las puertas y en los zócalos, también en los techos, y produjeron un incendio de por lo menos dos kilómetros de largo”. Por el terror, el pueblo se desocupó de prisa como si un viento huracanado se hubiera llevado a los hombres; la gente huía a grandes zancadas sin tiempo para mirar atrás, en una interminable caravana sin destino preciso. En las últimas casas, bien arriba del pueblo, en la cuadra de la zona de tolerancia, cincuenta mujeres corrieron como ánimas solas con sus desnudeces al aire, llevando en las manos a los santos de su devoción, pasaron junto al cementerio y se perdieron rumbo a la salida de Sevilla. Al final del día siguiente, por los cafetales y los montes cercanos apareció una jauría de perros hambrientos que entablaron otra guerra para arrastrar y comerse los cadáveres.

Pedro Antonio Marín Vélez tuvo que emprender una nueva carrera en ese atormentado amanecer. “Es que ya son varias las carreras en esta vida. Ahí en Ceilán me gané una carrera tremenda”. Entre agosto y noviembre de 1949 había sufrido un profundo cambio personal por la experiencia de su propio pánico conjugado con el pánico de los pueblos de Betania, La Tulia, La Primavera y ahora Ceilán. Ceilán desapareció esa noche y esa madrugada e iba a desaparecer todavía dos veces más, tiempo después. “Ya ahí sí me puse a pensar distinto. Dije: esta situación está muy complicada, parece que todo cambió de carácter, entonces hay que buscar una solución. Si nos quedamos así nos van a matar a todos. El cuerpo ya no resiste más humillaciones”.

## V

**Pedro Antonio marín se esconde solitario en la montaña – Una guerrilla de primos – Otros grupos familiares se suman a la guerrilla – Instructores que pelearon en la Guerra de los Mil Días – Plan inicial: matar conservadores violentos**

**A**ntes de encontrar la manera de hacer la guerra, Pedro Antonio Marín estuvo seis meses oculto en la montaña. Huyendo de Ceilán, llegó a la finca El Carmen, de propiedad de su tío Manuel, en la vereda de los Trópicos. Pensó, sin embargo, que por seguridad no debía quedarse en la casa, así que se fue a un sitio escondido y construyó una casita de paja. “Quedé bien acomodadito y con una cocina bien cubierta; el humo no se veía con facilidad desde las veredas”.

—Esta situación está muy verraca —le dijo un día el tío—. Ya están llegando los conservadores de El Águila, de Ansermavieja y Ansermanueva, y los están aprovisionando y llevando a fincas y haciendas abandonadas por los liberales. Se las están escriturando como si fueran de ellos. Dicen que ese fue el compromiso que hizo el gobierno con todos los que adelantaron esta política de terror. En la finca de mi hermano Ángel hay tres conservadores posesionados. El uno se adueñó de Rosas Blancas, el otro de El Jardín, y el otro de La Florida. Llegan así no más con mayordomo y van apareciendo en público como dueños, y con el tiempo no sólo creen sino que ya son los dueños de verdad. —Le contó que eso estaba sucediendo por Betania, La Tulia, La Primavera; que los títulos de propiedad estaban siendo legalizados apresuradamente en los juzados, especialmente en los de Tuluá. “Es una forma de pago para esa gente por los servicios prestados al conservatismo”, dijo el tío Manuel.

Un día llegó el tío Manuel a la choza, entró sin dar el grito acordado como señal y le dijo emocionado:

—En Génova están todos los primos esperándolo a usted. Inclusive los hijos de mi hermano, los más grandes lo están esperando a usted, concentrados en algún sitio. Lo están esperando porque dicen que lo van a nombrar de jefe.

—¿Cómo, jefe de qué?

—Ellos están pensando levantarse en lucha a como dé lugar, contra los conservadores.

—Pues yo tengo esperanzas en ellos. Yo ya he hablado con ellos y pensamos que hay que defenderse. Cómo vamos a seguir dejándonos matar por ahí en las calles, en las veredas, en estos montes. Trate de indagar con ellos cómo y dónde logramos conseguir algunas armas, a ver quién tiene armas en las veredas, quién de los tíos conserva armas de cacería, porque vamos a levantarnos.

Pedro Antonio Marín, con apenas 19 años, se decidió a guerrear. El tío Manuel le dijo que había veinte muchachos esperándolo, pero él pensaba inquieto: “Buena la razón que trae el tío Manuel de los veinte muchachos. ¿Pero, qué, si no hay armas? Tanta gente que había en El Dovio, y vea las que pasaron; después en Betania, y les llegó la huida; luego en La Primavera, y la carrera fue grandecita, y ahora en Ceilán se desplomó el pueblo en su indefensión. Yo me di cuenta de que todo fue y sigue siendo un problema de armas. Uno se decía: si las gentes que habitaban tal pueblo hubieran tenido armas, con seguridad que no entran los *pájaros*. No había armas, sólo machetes... La indefensión en el hombre sólo deja lágrimas perdidas y no se puede vivir eternamente del llanto”.

Seis meses había estado escondido en esa montaña, solo en una choza, visitado cada ocho días por su tío Manuel, que le llevaba provisiones. Se despidió del tío con un fuerte abrazo, caminó dos días y medio evitando el encuentro con las autoridades, y salió a la carretera hacia Sevilla y Armenia. Se montó en un bus de línea. “Situación demasiado grave en Sevilla. A los liberales los mataban como moscas en el pueblo. Se mantenían encerrados bajo llave. En carro pasé a Caicedonia; paró el bus y se veían gentes con revólveres terciados, con unos terribles sombreros sobre sus cabezas como si todos fueran ganaderos. Eso lo miraban a uno todo extraño, lo rodeaban como oliéndole el semblante político. Hombres que habían desarrollado con rapidez el olfato. Ya Caicedonia era un nido de pájaros propiamente, nido de camada de los *Lamparillas*, de los *Pájaros Azules*... Esa noche llegué por fortuna a Génova”.

Así describe su llegada el tío de Génova: “Del Valle, Pedro Antonio regresó todo cambiado. Allá lo dañó mi hermano Manuel, que lo escondió por seis meses en el monte. Lo volvió malo o lo volvió bueno, yo no sé. En esos años se le decía malo al hombre que dejaba la huida para defender la vida, y él dejó la huida. Se volvió malo o se volvió bueno por hacer algo distinto, por dejar de ser presa fácil como hombre perseguido. El muchacho regresó todo cambiado, ahora hablaba, soltaba sus palabras. Regresó hecho un hombre, ya sin temores, sin nada que esconder debajo del sombrero y la ruana... Después de tomar aguapanela, comió algo a la ligera, me preguntó por los primos, yo le dije: están en los cafetales, no

pueden salir al sol los muchachos. Me preguntó acelerado de espíritu: ¿en el campo qué sucede? Yo le dije: en el campo está la policía en su oficio, matando gente. Cogen a cuatro o cinco liberales, dicen que son ladrones de vacas y los matan sin compasión por el camino. Sin cara de culpa ni remordimientos dicen que se iban a fugar y que tuvieron que disparar, y no por ser ellos liberales sino por ladrones comevacas. Es la orden del alcalde de Génova de no llevar a ningún liberal vivo a la cárcel, porque tienen que darles libertad, largarlos por falta de pruebas”.

En la casa de una de las tías, la tía Rosa, con absoluto sigilo se reunieron con Pedro Antonio Marín doce primos. A la luz de una vela acordaron salirse a una vereda que daba más seguridades y planificar la forma de conseguir armas. Otros primos vinieron a juntárseles, “todos Marín”, que fluctuaban entre los quince y los veinte años. Después, a los Marín se unieron algunos Ávila, Modesto con sus hijos adolescentes. Luego se reunieron con los González de San Juan, que estaban en el monte bien encaletados. “Nosotros nos quedamos en la vereda, resguardados, no salíamos sino en la noche a las casas, en el día estábamos metidos debajo de los cafetales. Organizamos un grupo de muchachos, los más pollos, para que salieran a hablar con los amigos en nombre de nosotros. ¿Tiene usted un revólver para la causa? ¿Cuenta con una carabina? Se reunieron veinticinco armas, entre revólveres, pistolas, escopetas; no había armas de valor cuando decidimos levantarnos con los primos”.

“Luego, ¿dónde vamos a hacer los entrenamientos? Ah, que el amigo es un guerrero de la Guerra de los Mil Días. Bueno, a comenzar... Generalmente, los instructores eran personas que vivieron la Guerra de los Mil Días, liberales de setenta años o más, a quienes les pedíamos que nos enseñaran cómo era la cuestión de la guerra en esa época. Pero, en realidad, esa guerra ya andaba en los cincuenta años, y cincuenta años es una carga pesada, y más en una cuestión como la militar que necesita un conocimiento actual y presente. Existía una gran distancia entre la Guerra de los Mil Días y los años 49-50. Un salto enorme. ¡Medio siglo! Esos hombres nos enseñaron la voluntad para hacer la guerra; convencidos nos dijeron que no había que temerle a la guerra; hombres de una sola pieza regresando a sus recuerdos. Después aparecieron los jóvenes recién salidos del ejército y con ellos aprendimos la milicia chilena. Todo improvisado, menos la decisión de no dejarnos acribillar por ahí amarrados”.

Hicieron prácticas de polígono en un punto llamado La Argentina, intermedio entre el San Juan y el río Gris. “Allá nos íbamos a echar bala, a quién apuntaba mejor, bajo la vigilancia de los reservistas. Ellos indicaban cómo había que manejar el revólver, la pistola, la carabina, el

fusil. Para ser un buen tirador hay que meterle el alma a las prácticas, disciplina como la que se tiene para comer todos los días, constancia para medir la dirección del disparo y corregir los errores del pulso. No es cosa tan sencilla”. Aprendieron la milicia a patio cerrado, las andanzas nocturnas, las marchas diurnas. Eran veinticinco hombres, incluyendo a los primos. “Corrió el rumor de nuestra existencia y pronto llegaron otros muchachos dispuestos a la pelea. En poco tiempo conformamos un núcleo de cincuenta hombres, pero pobremente armados. Sólo existía una forma de conseguir armas: quitárselas a los conservadores”. El ajusticiamiento de bandidos, tal fue el plan inicial. Justicia con mano propia, el pago con la misma moneda, ubicarlos, llegarles, desencuevarlos, rastrearlos, perseguirlos, no darles respiración, aniquilarlos; ver patéticamente la muerte en sus rostros, en sus gestos de agonía. Ante todo, había que renunciar por completo a buscar la protección de los representantes de la ley. Los bandidos y la ley eran la misma cosa, tenían la misma forma sádica de actuar y los mismos propósitos. La ley se había salido de los cauces de toda legalidad.

“Al primero que ajusticiamos fue a Miguel H. Pareja, jefe *pájaro* de la región, ordenador de muchas muertes, sectario conservador, juez de Génova que aplicaba con saña y odio el veredicto en beneficio de sus intereses sectarios. Y seguimos ajusticiando bandidos por campos y veredas. Al que encontrábamos le íbamos dando y así comenzamos a formar nuestra propia organización armada”. Los perseguidores se convirtieron en perseguidos, ahora eran hombres temblorosos. “En ese primer empuje de ajusticiamientos, pues tumbamos, hasta donde yo me di cuenta, por ahí unos veinticinco. Trabajadores como nosotros, pero corrompidos en su sed de violentos; conservadores de las veredas, dueños de fincas, dueños de vacas y caballos, con pequeños patrimonios, la misma capa de hombres que nosotros. Pero eso no fue un producto que surgió por nuestra culpa, fue algo a que nos vimos arrastrados por la situación...”.

## VI

**Pedro Antonio Marín, jefe de guerrilla – Apoyo de la población liberal – Primera emboscada al ejército – 7 de agosto de 1950: golpe de estado que no fue – Derrota en Génova y desintegración del grupo**

**C**uando se fundó el grupo no se eligieron dirigentes, pero todos muy pronto empezaron a ver un jefe en Pedro Antonio Marín, a seguir sus iniciativas como si fueran órdenes. Surgió en él, sin que se lo propusiera, el don natural de mando.

El área de la “acción de limpieza” o “ajusticiamiento” de conservadores violentos se fue extendiendo por los lados de Cumbarco, Génova, Cumaral, San Juan, por las márgenes del río Gris, por La Maizena, Pedregales, por la vereda de El Dorado, por Barragán, arriba de los límites de Roncesvalles. “Nosotros no llamábamos guerrilla a la agrupación, no sabíamos qué era una guerrilla. Nos unimos un grupo de parientes y amigos y andábamos por el monte, y en el sitio al que llegábamos les pedíamos colaboración a los liberales, y nunca la negaron. Les decíamos: Bueno, nosotros ya estamos decididos a comenzar la lucha armada. Respondían: Eso está bien, creemos que es lo mejor que pueden hacer, muchachos... ¿Cómo se llama el movimiento armado? Contestábamos: No, no le hemos encontrado nombre, es un movimiento liberal de respuesta a los crímenes que están cometiendo los conservadores contra los liberales. Y en verdad, no eran honduras: simple, muy simple era nuestro modo de pensar”.

Se vislumbraba una real compenetración entre la masa indefensa y los muchachos enmontados, era una fusión de sentimientos. “Denos comida, apóyenos, denos albergue en los cafetales, en la finca; que sí, naturalmente, que cómo no, con mucho gusto, estamos aquí para servirles... ¿Qué planes tienen? ¿Qué dicen los Lleras, los López? Nada, silenciados... ¿Qué dice la dirección liberal departamental? Nada en absoluto, dejaron de abrir la boca, la sellaron de pensamientos, dejaron de pensar por miedo físico... Esa gente está perdida en la bruma de la legalidad de las ciudades”. La masa liberal estaba huérfana de dirección política; quien tomara una decisión a nivel local lo hacía de manera aislada y corriendo los riesgos. “Era un desconcierto podrido en uno. Por ahí se encontraba a alguien con el cuento de que un sector del ejército era liberal, que el ejército se iba a insubordinar contra el gobierno conservador porque había oficia-

les, porque había coroneles, porque había capitanes y tenientes y sargentos que pensaban como nosotros. Ilusiones filtrándose en el monte, ilusiones sembradas en la cabeza”.

Pedro Antonio Marín mantenía entonces la aspiración de “volver al Valle, volver por esos territorios perdidos... pero, ¿cómo regresar? ¿qué nos pasará en ese regreso a los territorios de donde un día salimos a las corriendas?” Entre tanto, seguían ajusticiando conservadores a un ritmo vertiginoso. Muchas veces, en esa tarea, encontraron conservadores que eran liberales volteados. Tristes, con el documento en la mano, se sinceraban ante el grupo: “Es cierto, yo tengo el documento, pero lo firmé para no dejarme matar aquí mismo parado sobre mis piernas. Lo hice y lo firmé para no tener que abandonar a mi mujer y a mis hijos, pero les juro por el honor de hombre que no soy godo ni en el pensar ni en el actuar”. Se les veía al rompe el alma de liberales, en los ojos llorosos. “Yo firmé esa vaina para no perder mi finca, ¿para dónde cogía, me lo pueden decir ustedes? Qué tal si no lo hago, ahora no estarían hablando conmigo. Se hubieran topetado por azar con una cruz mal enterrada”. Los hombres que así hablaban volvían a guardarse en el bolsillo el documento que era su seguro de vida, doblando con cuidado el papel, y daban las informaciones que pudieran.

El grupo tuvo que crear una red de información para conocer quiénes de los que pasaban por conservadores eran liberales que se habían volteado sólo por salvar la vida; también, para saber quiénes eran los auxiliadores de los *pájaros*, qué casas frecuentaban con asiduidad, con qué mujeres mantenían relaciones; en fin, si la hija de un conservador violento era simpatizante de sus actividades, si tal otra era la mujer o la moza, a esas mujeres el grupo las castigaba. Respetaban en cambio a los conservadores que no eran violentos ni sectarios. Era fácil reconocerlos, por los compadrazgos. “El hecho de que en una región habitaran cuatro o cinco conservadores con ocho o diez compadres liberales, y esos compadres conservadores se opusieran, muchas veces arriesgándose, a que los *pájaros* conservadores mataran a sus compadres liberales, resultaba indicativo de que no todos los conservadores eran gente dañada”.

“La primera acción es una escaramuza que le hicimos a unos carabineros por los lados de Cumbarco. No fue un combate en un amplio sentido militar. Ellos vienen a caballo, sin alterarse en los nervios, cuidando poco la vida porque no estaban acostumbrados a sufrir los calambres de una emboscada. Es que nadie les ponía malos ojos, nadie se atrevía. Nuestro grupo estaba diseminado, en sus sitios, todos confundidos con la maleza y el monte; les disparamos, los bajamos, y dejaron la vida sin tiempo en la agonía para gritar. Los caballos relinchaban por el susto. Ellos venían en busca nuestra

precisamente para jodernos. La información nos llegó a la cabeza, nos ocultamos en buen terreno y los emboscamos. Era un éxito, palabras mayores. ¡Imagínese, nosotros con cuatro fusiles y tres revólveres!”

Se inició para ellos otro proceso. Ya el asunto no era ajusticiar conservadores y pájaros. Ahora, a sus talones, tenían a la policía y al ejército, y con ellos hubo varias “pisas de plomo”. El bautismo fue en un punto llamado La Rumbadora, Génova arriba, en los cafetales, contra tropas enviadas desde Manizales. “Nos replegamos en un punto llamado Cedrales, hasta donde nos persiguieron el ejército y la policía, pero pudimos escapar hacia el páramo Pijao. Con base en el páramo incursionamos sobre Santa Helena, le caímos a un retén de pájaros que logramos sorprender medio dormidos. Les quitamos algunas carabinas, revólveres y escopetas, además de ocho mil pesos en efectivo. Después proseguimos nuestra ruta a Pijao, siempre atacando a pájaros y policías”.

El partido liberal, “que tan ligero había abandonado a su gente” dejándola sin ninguna orientación en medio de la persecución oficial, comenzó a crearles ilusiones a sus seguidores. “Nos hicieron saber de esas ilusiones a los enmontados... Y cómo no, eso lo creíamos como una cuestión esencial y definitiva, y nos enteramos, según rumores –porque nosotros no teníamos ni podíamos tener ningún contacto directo con ningún jefe liberal para aclarar la cuestión–, que un sector del ejército iba a dar un golpe de Estado el 7 de agosto de 1950 por no estar de acuerdo con lo que venía sucediendo en el país, y que la orientación oficial del liberalismo era que ese día debía impedirse de cualquier manera la posesión del presidente Laureano Gómez”. Pedro Antonio Marín, entonces, resolvió planear una acción. Se trataba de tomarse a Génova, su pueblo, el 7 de agosto, día del proyectado golpe, porque eso correspondía a la “orientación del partido liberal”, cuya voz, aunque sólo fuera en forma de un rumor, al fin les había llegado. “Reunimos a unos ochenta hombres, unos con machetes, otros con escopetas, y dijimos plenos de confianza: le caemos al pueblo, eso no tiene vuelta en el cerebro...”. El 6 de agosto Pedro Antonio Marín y sus hombres llegaron a las proximidades de Génova y mataron a los conservadores de una vereda. La policía de Génova recibió noticias de que el grupo había estado sobre las márgenes del río San Juan ajusticiando conservadores y de inmediato se puso al habla por radio con Manizales, y en horas recibió refuerzos. El 7 de agosto, a las cuatro de la mañana, comenzó la pelea con los uniformados. “Eran las ocho de la mañana y seguíamos al rompe echándonos plomo con ellos, sin poder cumplir con los deseos calientes que uno se cargaba de copar el pueblo”. A las once de la mañana Pedro Antonio Marín ordenó la retirada rumbo a Cumbarco. Once liberales habían sido muertos –dos de

ellos parientes de Pedro Antonio Marín—, y el grupo fue abandonado por muchos liberales que lo habían acompañado en el fallido asalto. La policía persiguió al grupo acosándolo por las márgenes del río San Juan, y de paso “disparando a larga distancia a las casas situadas en las riberas, humillando, dando física madera a los pobladores”. Entre tanto, Laureano se había posesionado como presidente, dentro de una tensa normalidad.

Pedro Antonio Marín cruzó con su grupo hasta El Dorado, área donde había estado la finca de sus padres. Ahora el ejército y la policía patrullan los campos guiados por los *pájaros*, pero éstos se niegan a ir en la vanguardia por temor al encuentro con el grupo en armas. La guerrilla opera en un radio de acción muy limitado. “Esa fue la primera etapa de la lucha, puede decirse. Con el duro golpe recibido en Génova y con la pérdida paulatina de las esperanzas en el partido liberal, el grupo se fue desintegrando. En poco tiempo quedamos unos diez combatientes”. Intentaron realizar algunas acciones, pero la desmoralización de la población hizo estragos en el grupo, que se encontró por completo aislado. Decidieron marchar hacia el Tolima en grupitos de dos o tres hombres. “Mandamos a buscar al resto de familia que merodeaba por los territorios del Sur del Tolima: los Loayza, y nos pusimos en comunicación con ellos. Nos enviaron noticias diciendo que se estaban organizando, les planteamos unirnos trasladándonos de Caldas hacia el Sur del Tolima para formar una fuerza más grande; unirnos por medio de contactos personales, de amigos, de cartas, y así encontrarnos un día en el Sur del Tolima para resistir”.

## VII

### **Los Loayza y los Marín fundan las guerrillas del Sur del Tolima – Primera guerra sin caudillos nacionales – La guerrilla crece con los desplazados – Historia del militar que se pasó a las guerrillas**

**D**os clanes familiares emparentados se reúnen en el Sur del Tolima: los Marín y los Loayza, ambos con memorias generacionales de la Guerra de los Mil Días, memorias que constituyen un legado por continuidad sanguínea, por continuidad histórica. Venidos del Viejo Caldas, hijos y nietos de colonos, hablan de las posibilidades de defenderse en un territorio

propicio para la guerra, utilizando sus recientes experiencias: las acciones en el Quindío de Pedro Antonio Marín y el primo Alfonso, conocido como *Metrala*, que ahora lo acompaña; y las escaramuzas en el Sur del Tolima del viejo Gerardo Loayza y sus hijos *Veneno*, *Tarzán*, *Agarre*, *Calvario* –los dos últimos temibles con las armas. Gerardo y Pedro Antonio son primos en segundo grado.

La del Tolima era una geografía con una historia de guerrillas, un escenario ideal para sus proyectos de resistencia: epicentro de conflictos agrarios, entrada y salida hacia la Cordillera Central, camino indispensable hacia Caldas, Valle, Huila, el Cauca; lugar de confluencia de los ríos humanos que generó la colonización antioqueña.

Esta vez, sin embargo, cuando los Marín y los Loayza parlamentaban en el Sur del Tolima, se estaba rompiendo una tradición histórica, ya que hacían sus planes sin seguir las órdenes y sin tener el respaldo de los jefes políticos nacionales, quienes, en el pasado, eran los que convocaban al país para dirimir por la guerra los conflictos sociales y políticos. Por costumbre, la orden de combate venía desde arriba, escrita y firmada en proclamas incendiarias por los jefes de uno y otro partido político. Ahora la iniciativa –aunque sólo fuera en respuesta a la guerra desatada por el Estado sobre una parte de la población– partía de los de abajo, de campesinos acosados que no tenían tiempo para esperar que los dirigentes de Bogotá vinieran, como habían hecho en pasadas guerras, a asumir el mando como terratenientes-políticos-generales, ansiosos de prestigio y poder. Con ese encuentro entre los Marín y los Loayza, con esa conversación de hombres del pueblo, así como con otras conversaciones similares en otras regiones del país, comenzaría la historia de las guerrillas de los años cincuenta. “Al concentrarnos los dos grupos, se resolvía una cuestión más clara, en relación con hacerle pelea al ejército, a la policía y a los *pájaros* que continuaban pistoleteando a la gente”.

Decidieron crear una dirección del movimiento, pero siguieron esperando la orientación de la Dirección Nacional Liberal. “Queríamos una orientación de qué hacer con motivo de la represión, no una orientación en el plano militar, la organización militar ya se estaba gestando. (...)”

[...]

Suscripciones  
info@exopotamia.com  
www.almargenonline.com